

Anuar Atías (1)

La tormenta



QUEL ir y venir de gentes; el silbido de las llantas de los automóviles sobre el «macadam» mojado por las lloviznas; las noticias desoladoras que se corrían de boca en boca y, sobre todo, aquel incipiente vicio de la epilepsia, a cuyos encantos se entregaba ya; las sombras cambiantes del otoño, que en aquella tarde daban tonos lúgubres a los muros y a los rostros de los transeúntes, creaban un trágico clima febril que todos comprendían y que, para Abel, resultaba mortificante.

Los vidrios de las tiendas reflejaban rápidas imágenes de aquel ser. Dos o tres pequeñas mujeres lo amaron violentamente al pasar junto a él, tal era el vértigo que desarrollaba en su marcha implacable, entre los millares de transeúntes que le rozaban el alma con sus codos, con las afiladas puntas de sus trajes u objetos que llevaban para aquel viaje. Algunas ancianas lo observaron con dulzura. Él notaba como flores estos rostros leales y, sin embargo, perfectamente extraños, que penetraban con facilidad al alma.

(1) En la vida civil Guillermo Atías Martín. Nació en Ovalle en 1917. No ha publicado hasta la fecha ningún libro. Prepara un tomo que reunirá sus cuentos publicados en revistas de vanguardia. Su obra, de vigorosa imaginación, entronca con la magia narrativa de Guillaume Apollinaire.

Numerosos pequeñuelos cruzaban de una calzada a otra la calle. Caían algunos, ariollados por los vehículos o por las patas de los caballos de los gendarmes que azotaban a los estudiantes.

Encendió, tal vez, el postrer cigarrillo. Recordaba los sucesos frescos de la mañana de aquel día. Al afeitarse aquella mañana, Abel se había hecho un pequeño tajo en la mejilla. Gota a gota, la sangre tiñó los brillantes coágulos de jabón que flotaban en el lavatorio: ¡Sangre de la mañana!

Pero he aquí que la tarde había llegado y estaba de nuevo en medio de la ciudad, librando cierta empecinada batalla con las calles, con la muchedumbre o con su propia angustia. Las calles, al fin y al cabo terminan en alguna parte... ¡Pero era una ciudad tan grande! Eran millares de gentes, focos y tiendas en actividad pululante e implacable. Un vértigo desenfrenado se apoderaba de todo. Y la catástrofe e inocencia de unos pocos, que en aquel momento se besaban en los pintorescos hoteles de bajo precio.

Vió, luego, que aquellos rostros encarnizados se repelían o atraían en fulgurantes miradas de odio o de amor.

Alguien, desde una azotea, le indicó que subiera.

—Suba, Abel. Estoy sola en esta tarde de luna...

El se detuvo, lleno de ternura, bajo aquella azotea.

—Venga, venga... a esta azotea gótica—murmuraba la voz.

En vano quiso Abel descifrar esta misteriosa solicitud. Existe un límite para la angustia. Un hallazgo querido: la mujer. La mujer, madre que el destino reserva a los delirantes.

Arriba, envuelta ya por densas sombras, la azotea parecía desierta. Las torrecillas de tipo gótico sostenían pequeños faroles a petróleo que se balanceaban a la brisa incesante. La llovizna había humedecido los muros y un musgo que resultaba invisible cubría los barrotes, los bordes de las aldabas y la cañería de desagüe, por la que se deslizaba un insignificante hilo de lluvia cristalina.

—Suba... estoy ansiosa de besarlo...

Fascinado, Abel se agarró al muro. Varias imágenes surgieron al contacto de aquel sortilegio.

¡El paraje! Un viento benéfico subía del bosque de encinas que crecía en la falda del pequeño cerro alemán. La atmósfera era cruzada en vastas zonas por el repiqueteo de los clavecines crepusculares, constriñendo la paz de aquellos aldeanos que freían buñuelos junto a sus chozas, a espaldas del jardín. Las bestias domésticas iban y venían de un huerto a otro, arrancando las briznas de heno que crecían en los cercos. Y, al final, al doblar la familiar carretera, los guardabosques se alejaban, inspeccionando por última vez los cañones de sus escopetas o asegurándose los casquetes de cuero que los cuidaban del frío de la noche. Era posible, entonces, bajar a las cisternas y asomarse a los pozos que almacenaban el agua transparente de los aldeanos...

—Suba, Abel, estoy sola.

El pecho de Abel resonaba de estas singulares voces. De pie, bajo aquella azotea, apenas se ocupaba de sacudir el sombrero que la lluvia había empapado. Los grupos humanos pasaban cada vez más peligrosamente cercanos. Las puntas de sus paraguas se llevaban, muchas veces, cogidos algunos cabellos del joven, al que observaban al pasar, con miradas febriles.

La lluvia hacía estallar gruesos goterones en las baldosas de la acera. Se formaban en el aire cúpulas de viento amenazante. Los habitantes, previniendo la desgracia, se dieron a una fuga cómica. Aquellos rostros que antes de la tormenta parecían cargados de feroces pasiones, ahora, al correr sosteniendo en la mejilla húmedos rizos, o bien llevando cogidos los faldones de los trajes, aparecían sonrientes, satisfechos de expresar sin pudor sus inquietantes delirios.

Pronto Abel fué arrastrado a esta suerte de alegre pánico. Irresistiblemente fué llevado de aquella terraza, en cuyas torrecillas góticas se balanceaban, con furia, las linternas a petróleo. A su lado, con las solapas de los abrigos subidas hasta las orejas,

los habitantes corrían empujándose, pisoteando a los caídos y entrando con sarcamos a sus casas, cuyas puertas eran precipitadamente cerradas.

Nadie pensó en volver la vista y oír los gritos que exhalaban los moribundos. Aquellas madres que apretaban con desesperación sus criaturas en los huecos del muro; adolescentes que, habiendo caído, tendían aún las manos yertas y blancas.

Uno a uno los habitantes fueron desapareciendo. El espantoso ruido de la lluvia se hacía cada vez más amenazador. De los pasajes salían aún seres envueltos en ráfagas heladas. Y en el cielo mismo se producían terribles descargas eléctricas que caían en los pararrayos de las torres de la ciudad, encendiendo a los grandes edificios con luces crepitantes.

Abel notó pronto que sus acompañantes habían desaparecido. Mantenía un trote descansado, sin reparar en los charcos de agua o de sangre que debía pisar. Comprendió que en este momento él era el único habitante, tal vez, que todavía vivía. Los otros agonizaban en las cunetas o se habían refugiado, llenos de pavor, en sus hogares. Llegaban aún de las casas ruidos de puertas cerradas con estrépito; el roce de las cadenas asegurando las verjas de los jardines; las lejanas bocinas de las ambulancias que huían.

¿Podía ahora estar feliz?

La ciudad que tanto amaba estaba ahora vacía, en contacto directo con la tempestad y el cielo. Era posible, entonces, en una ciudad, un contacto puro con la naturaleza; que fuerzas extraordinarias azotaran las débiles creaciones del hombre; que las mojaran y electrizaran en inagotables tormentas.

* * *

Iba de una calle a otra, entrando y saliendo de aquéllas que no tenían salida. Pequeñas calles todas; insignificantes calles que concluían, que terminaban en empalizadas inexpugnables.

O cuyas esquinas estaban dispuestas de tal modo que no se notaba cuando ya se había entrado en una nueva.

Esta era una ciudad. Llena de cortos surcos que los habitantes habían construido para pasar con rapidez, ignorados, de manera que todos llevaran un camino distinto.

La tempestad hacía violentos cambios. Inesperadamente el cielo se abría mostrando las grandes montañas del fondo. Colores brillantes y desconocidos iluminaban los edificios y las plazas, en las que el agua formaba ya sus remolinos.

Abel recibía de esta lluvia su inagotable virtud. Agua que bajaba para que el hombre lavara el alma; para que los impuros tuvieran, en ese instante, conciencia de sus crímenes y que, agonizantes en la vereda, miraran hacia arriba, hacia la atmósfera, hacia la noche electrizada.

Buscaba en el fondo de estos acontecimientos lo que tenían de sueño terrible. Estaba solo. Notaba los débiles músculos de sus brazos que, al marchar, se recogían con una fuerza extraña y profunda. Su pobre traje se pegaba a los huesos del cuerpo, de modo que la imagen que reflejaba fugazmente al pasar frente a la luz de los focos del gas parecía la de un cuerpo desnudo... Algo emanaba de sí que lo protegía, que lo salvaba. Aquellas fuerzas, la concentración de densas corrientes en la baja atmósfera, la gran cantidad de oxígeno puro, cuyos fulgores giraban en la copa de los árboles, hacían un hueco a aquel cuerpo, lo salvaban, dejaban que en medio de esos obstáculos de locura, de sueño infantil, alguien avanzara feliz y desenvuelto, como los primeros ángeles.

¿A dónde iba?

Entró en una ancha avenida. La ciudad, la noche, duraban. Nada sino una dirección oculta guiaba sus pasos. Ningún pensamiento, sino aquella confianza en los vapores, en el barro que pisaba, en la atmósfera misma. El contacto con todo esto que lo rodeaba, con todo esto que no tenía una forma o un sentido determinados, pero de cuya poderosa existencia no se podía dudar—

tenía que romperlo en el vértigo de su marcha o sentirlo sobre la espalda helada—¿no le daba la seguridad de que su cuerpo participaba ya en la naturaleza? ¿Qué era ahora? ¿Qué ráfaga, qué pequeña nube para llover sobre las techumbres de las viviendas destrozadas?

Aspiraba con avidez los perfumes vivificantes de aquellas tinieblas. El agua no caía ya. Varias brechas se habían abierto en el cielo, señalando algunos grupos de estrellas.

¿Qué lejana le pareció aquella tarde... la muchedumbre, la lluvia, los cuerpos lacerados...!

El barro que pisaba era blando. Notó que el césped había comenzado a surgir bajo sus pies. Pisaba quizá, algunas cabezas de hongos... suaves hierbas todas que se deshacían al menor contacto. Los objetos que ahora encontraba adquirían formas primarias. Objetos que en su mayoría eran árboles, grandes piedras o vehículos que la tormenta había volcado.

Volvió Abel la cabeza. ¿Cuánto había marchado? ¿Estaba realmente en una ciudad, en su país aún? Había andado por la ciudad; por sus barrios, que estaban unidos por pequeños puentes. Pasó, tal vez, por esquinas que antes nadie había cruzado en la misma dirección; frente a puertas, a casas en las que era estimado...

¡Pero la ciudad había terminado! Esa avenida conducía a sitios en los que nadie creía. Hay un límite para que los tranvías reposen... Esa avenida unía a esos tristes sitios con la ciudad, para que aquellos lejanos habitantes comerciaran sus productos. Miserables gentes que vivían de tener un sitio en el mercado y que en sus diarios viajes se permitían criticar los vicios de los transeúntes.

Este era el campo, claro, grande, nocturno.

¿Qué significaba el campo en su vida? Buscaba las relaciones de terror que estas nuevas formas le proporcionaban. Nada sino un triste cansancio, una aburrida melancolía. Bien podía encontrarse con los fantasmas que allí solía haber. Oír el golpeteo en

las minas de infantiles demonios. Hadas campesinas, ánimas de arrieros asesinados, llantos aterrados en los precipicios...

¿Podía existir lo que una pequeña calle conserva en sus rincones?

Abel entró resueltamente en una cabaña. Un campesino y una campesina dormían abrazados sobre pobres jergones, junto a la ventana. La lumbre que se conservaba en el brasero mostraba objetos de campo, miserables arreos dejados al azar en el piso, hortalizas, pieles en elaboración. Varios gatos saltaban de un rincón a otro, sin comprender el objeto de esta visita.

El campesino recibía la luz de la noche en la cara. Dormía con la boca abierta y el sueño que en aquel instante lo apasionaba le hacía sacar hasta los labios una lengua seca y enrojecida.

Abel se inclinó hasta el jergón. Temblaba de frío y el calor natural que recibía del lecho lo reconfortaba. Quería ver de cerca la cara del campesino. Había olvidado la configuración de rasgos que forman una cara. ¿Cuántas otras cosas no había olvidado ya? Ver esos rasgos característicos en los habitantes de la ciudad. Huellas, arrugas terribles, cicatrices. Señas que vistas no se podían olvidar nunca.

¿Por qué ahora buscaba esto que antes para él significó terror y asco?

¡Un rostro! Su vida estaba poblada de ellos. ¡Un rostro! ¡Imagen de cuyo contenido se puede esperar todo, todo...!

Abel abrió los párpados del aldeano. Pequeñas pupilas marronas brillaron cercanas, tranquilas. Comprendió rápidamente que de aquellos ojos no se podía esperar mucho... Estaban tan acostumbrados a ver grandes distancias, que eran ciegos a todo aquello que atormenta a los lúcidos: movimientos de flores, brillos, dientes enfermos. ¿Se grabó alguna vez en ellos el hiriente reflejo de los objetos usados por los equilibristas en los circos? ¿Serían capaces de recordar súbitamente los gestos gastados ya de la campesina, su mujer, al azotar distraídamente, una mañana fría, pequeños pedruscos que hubiesen encima de un cerco?

El campesino respiró ansiosamente. Una sonrisa se dibujó en sus labios lívidos. Algo dijo. Sílabas, interjecciones que se referían a una multitud de objetos de labranza, consignas que sólo los animales comprendían.

La campesina alzó en ese momento el brazo hasta la ventana. Apoyó durante un instante una mano gorda en la cornisa y mantuvo hacia afuera el familiar signo de la cruz. Un movimiento de ramas en el exterior indicó que la señal había sido vista.

¿Por quién?

Abel escupió en la madera del suelo. ¿Era, pues, tan sencillo a estas gentes ahuyentar, así dormidos como estaban, al demonio? Apartó bruscamente las ropas que cubrían aquellos cuerpos y en medio de la habitación vociferaba, dando golpes con el taco sobre los tiestos de latón que estaban en la cocinilla.

—¡Espantadme!—gritaba—, ¡Hacedme vuestro signo! ¡He aquí un demonio a quien no domináis como una tímida oveja...!

Los campesinos encendieron una pequeña vela que guardaban en la almohada. Una luz pálida vaciló en la habitación. Sentados en sus jergones, veían cómo aquel loco rompía sus pobres muebles.

—Ustedes, ¿qué saben? ¿Qué podrían hacerme?

Los campesinos cogieron dos grandes espuelas que colgaban del muro.

—¡Salga!—decían, mientras clavaban con irritación las agudas puntas de las espuelas en la espalda del joven. —Salga... váyase.

Abel sintió aquellos golpes. Sintió cómo sangraba ya de la nuca. Un pensamiento cruzó rápidamente por su cabeza: huir.

A la ciudad, a las calles, a las grandes torres... Llegar de nuevo. Ver la fascinante agitación de la muchedumbre.

Corrió desesperadamente por un sendero que la aurora señalaba ya. Un barro blando cubría el camino. Zarzas, telas que las arañas habían alcanzado a tender, cruzaban de un lado a otro el sendero. El barro, a cada angustiado paso que daba, se hacía

cada vez más hondo. Era necesario un esfuerzo extraordinario para avanzar, para vencer.

¿Vencía?

Notó que la mañana descubría las habitaciones de extramuros. Filas interminables de camiones conducían, por el valle, víveres. La tormenta había purificado el paisaje, de modo que todo parecía preparado para iniciar, a una señal, una actividad desconocida.

Abel sentía las pulsaciones de su sangre excitada. Pronto llegaría a aquellas calles amadas. Se arrodillaría frente a la primera puerta a golpear con furia y alegría. Alguien saldría del interior. Alguien, un habitante salvado de la tormenta, que llevaría grabadas las huellas del terror en sus gestos asombrados.

Entró vertiginosamente en las primeras calles del arrabal. Las luces del gas ardían aún. Algunos cadáveres yacían aferrados a las puertas destruidas. Casas completamente incendiadas por el rayo mostraban las costumbres íntimas de los amantes que intentaban bajarse del lecho; algunos padres que habían tenido tiempo de ahorcarse en los balcones o que cayeron buscando entre un montón de cuerpos al hijo preferido.

Un deseo irresistible de llamar, de gritar, le anudaba la garganta. ¡Ah, todos muertos, todos, todos...!

Corría aún. Había entrado al miserable barrio obrero que estaba clavado junto al río. El día proporcionaba una luz lechosa a estas casas bajas e iguales. ¿Habría la lluvia aplastado aquellas débiles techumbres?

Abel, apoyado en un muro, se preguntaba hasta qué punto había querido u odiado a aquellos seres. O si no era lo mismo quererlos u odiarlos. ¡Esas barreras de amor; lo que naturalmente da el hombre al pasar, al rozar otra existencia; aquellas miradas que parten el corazón, para resistirlas era necesario no saber que existían! ¿Podría abrigar, un ser tan lúcido como él, la esperanza de resistir virilmente este amor mayor? ¿Este juego de fuerzas

no estaba hecho de tal modo que aquel que no participó en él desde un principio, no podía dar lo propio jamás ya?

Ahora buscaba en ese horizonte de horror aquello que necesitaba personalmente para seguir viviendo: la vida, que constituye la gracia de los cuerpos que se desplazan a nuestro lado, las inquietudes que provocan, su peligro. ¡Un fantasma para vivir! ¡Una sombra para adorarla!

Y de aquellas puertas, de aquellas bajas puertas cerradas por la muerte, surgieron, al trabajo ya, los panaderos con sus blancos trajes. Marchaban silenciosamente por el pavimento ensangrentado, con sus blancos zapatos de lona. Pisaban suavemente, constituyendo un desfile angélico y puro.

Bajo aquellas plantas el desfalleciente Abel encontró una alegría que hasta entonces había desconocido. Y sus besos y sus lágrimas acompañaron la marcha de este ejército de obreros que marchaban a fabricar el pan para todos.

Un sol enorme subió en ese instante hacia la calle.